

Ledo Ivo, Leonard Cohen, Badr Shalir al-Sayyab y Jacobo Lucebert, entre otros. Todos ellos, vistos en su caso, desde su conexión con un arreglo estético visual proveniente de novísimas expresiones arquitectónicas donde la extrema flexibilidad de los espacios internos y la modalidad del uso de los ambientes, tanto como su distribución, determinan el alma de la obra:

I
Ella es como una muñeca rusa
siempre tiene una excusa por dentro
a su vez otra
adentro.

Se parece a mi nevera
donde sólo hay instrucciones y por
supuesto
hielo
con más hielo adentro.



En estas 49 habitaciones hay, en consecuencia, la dualidad de un mundo constituido por el dentro y el afuera: lo que vemos tras la ventana, casi siempre configurado por lo imaginado por nuestros deseos y por lo que sabemos es propio de la atroz realidad, y lo que vivimos al interior de las cuatro paredes de una instancia cuyas ventanas dan también hacia nuestra intimidad. El lugar del alma (con sus muertos y fantasmas, con deseos y fantasías, con sueños e intangibles, con parientes ausentes y esperas, con los minutos y las horas del suicidio, [...]) y el lugar del cuerpo (a la intemperie o en asideros tan impalpables como el aire, entre cigarrillos y alcoholes, en gimnasios o en campos de concentración, en el constante ir y venir, entre panaderías y salones de belleza, [...]) cada ámbito determinado por la coyuntura de en-

contrarse una temporada observando la línea que tajante los divide, algo así como la aventura de Henri Michaux y la experiencia de vivir a su manera los modos del despierto y los modos del dormido, pero con la conciencia de que “la luna es la misma aquí o en medio del desierto / que los cadáveres de los mosquitos flotan de la misma manera en cualquier estanque”.

Llama la atención en estos poemas de Darío Sánchez, la inexistencia de un centro moral, político o filosófico, como si su religión o fe estuviera soportada sobre descreimientos. Una deconstrucción de los valores que, sin embargo, no invita a la anarquía ni expone argumentos de proselitismo desvergonzado. Su ética es, al parecer, una suerte de *laissez-faire*, *laissez-passer* (dejar hacer, dejar pasar) una actitud en la que resulta inútil cualquier indagación, cualquier explicación, y en la que vivir es una circunstancia propiciada de manera natural por la respiración del mundo. Su propuesta, si la hubiera, es seguir la corriente, que el movimiento, como el desplazamiento del universo, determine el aquí y el ahora. Este poema, que atestigua su aguda percepción del mundo, es un buen ejemplo:

43
El protector de pantalla de mi
computadora
es una esfera que gira y explota en
miles de cuadrados
que inevitablemente regresan a la
circunferencia.

Ese pequeño globo
insiste
agitándose en sí mismo
apenas logra explicarse cuando se
disuelve
convirtiéndose en algo parecido al
cuadrado que habita.

Pero regresa a las formas del
mundo.

Ni balón
ni esfera.

Es un glóbulo
tiene la dimensión del poeta.

Para terminar vale citar al poeta Luis Miguel Madrid, quien en su

presentación del libro afirma que “los poemas de *49 Habitaciones* tienen un carácter descriptivo, tanto en situaciones como en sensaciones, con una retórica lo suficientemente sencilla como para no entorpecer el discurso ni matar vida poética alguna. El artículo formal más llamativo es la ironía, unas veces coloquial y humorística, y otras de entramado más amargo. La soledad y las referencias al vacío –aire, hueco, viento– nos proponen estados de tristeza, identificados con sustantivos tiesos y húmedos –llanto, frío, lágrima–, pero sumamente aliviados por la sorpresa y un frecuente final con redoble de humor”:

Ella sabía dónde se encontraba mi
amor
Lo sabía
No era en el centro de mi pecho.

Guillermo Linero Montes

Tratado de cielo para jóvenes poetas o de la naturaleza como escritura

Tratado de cielo para jóvenes poetas

JORGE CADAVID
Editorial Universidad de Antioquia,
Medellín, 2008, 106 págs.

JORGE CADAVID propone una poética en la que un texto se transmuta en un paisaje natural. Se podría pensar que la fórmula funciona al revés. Es decir, que la naturaleza sea capaz de metamorfosearse en un poema. Lo uno o lo otro, dos caras de la misma moneda, el poeta que se sabe naturalista y viceversa, delimitan uno de los asuntos primordiales de este autor.

En “Texto”, uno de sus poemas, la noche surcada de luciérnagas se transforma en escritura. Las luces del insecto son signos que “parpadean silábicamente”. En “Fábula” una hormiga se separa de las otras, así sucede con la soledad del poeta, llevando sobre sus espaldas el peso de una palabra que es diez veces mayor que el peso del animal. En “El discurso del pescador”

las letras componen un cardumen y la lectura se torna ondulante. E igual sucede con “Buitres” en donde estas aves planean el horizonte de una página en blanco. Y en “Hipótesis del paisaje” las piedras finalmente, semejan palabras y, entre construcción de casas y moradas en ruinas, se provoca un acercamiento al sentido poético.

Pero así la escritura y su misterio se refleje en el rastro de un insecto, de un pájaro, o de una flor, o de un guijarro, para mencionar algunos de los elementos más repetidos en Cadavid, el hallazgo del sentido pertenece casi siempre al orden de lo delicuescente. El sentido en estos poemas es al mismo tiempo una ilusión que aparece y desaparece, una circunstancia fabulosa que se alumbraba y se difumina, el hallazgo que se vuelve pérdida, un principio y un fin rodeados de vacío.

En esta ausencia de una semántica cabal, o en la imposibilidad de precisarla con los usuales referentes de la gnosis occidental, es en donde reside uno de los contornos más atractivos de esta obra. En cierta medida rara en la tradición poética colombiana, mas no en la hispanoamericana en donde lo anteceden, entre otros, poetas como Roberto Juarroz, Antonio Porchia y José Ángel Valente. Este rasgo orientalista, que bebe de la mística musulmana y de la mística cristiana medievales, pero también del taoísmo y del budismo, ya ha sido señalado por diferentes comentaristas. Guillermo Martínez, Óscar Torres, Elkin Restrepo, Piedad Bonnett, Juan Felipe Robledo y Ramón Cote se refieren a la brevedad y la transparencia. A la austeridad y la vocación reflexiva. A la visibilidad de lo invisible y a una lúdica de perplejidades suscitada por la luz: “Al final es sólo por ver la luz: por ella muero”, concluye “Balada”, uno de los poemas de *Tratado de cielo para jóvenes poetas*. Y está también una metafísica de lo inmóvil y una incesante persecución de la quietud.

Lo orientalista, entonces, es una de las claves con que juega Cadavid en la mayor parte de sus libros. Ahora bien, hasta qué punto este “orientalismo” forma parte de lo que Edward Said trata en su clásico libro sobre el tema. Es decir, y pese a sus intenciones filosóficas y al estudio que el propio Cadavid ha hecho de autores sufíes

pertenecientes a la mística musulmana, valdría la pena preguntarse si este mundo de la espiritualidad no entraría directamente al dominio de la viñeta exótica que es de clara raigambre modernista y que, precisémoslo, ha abierto favorablemente el imaginario continental al diálogo poético con otras coordenadas humanas del planeta. No es impertinente, a mi juicio, atender a la inquietud de si esta recuperación de lo oriental, hecha desde las atalayas de América Latina, ese “otro occidente” para utilizar la expresión cara a Marcello Carmagnani, ayuda a darle un matiz más al ya de por sí abigarrado mapa de lo multicultural contemporáneo.

En todo caso, la estética de Cadavid, su concisión estilística, su enraizamiento en el poder suscitado por la imagen y su convicción en la riqueza de los juegos intertextuales confirman que estamos ante una poesía decididamente moderna así muchos de sus temas abundan en problemáticas que se hunden en el pasado. Y para demostrarlo, quizás sea necesario acudir al sufismo.

No hay que apoyarse en un diccionario especializado para saber en qué consiste esta otra expresión de la eternidad. “Sufí”, uno de los poemas emblemáticos de Cadavid, lo dice con mayor eficacia que cualquier elucubración conceptual:

Cada día será el primer día
Cada noche la primera noche
No despertarás al despertar
No soñarás al soñar
Acertarás diciendo sí
Y acertarás diciendo no

Las contradicciones, las paradojas, la negación de las negaciones, la ausencia de lo temporal o más bien la presencia de una continuidad mágica del tiempo y el espacio, la insinuación del abismo o del vacío y, ondeando en todas estas premisas de rasgos metafísicos, la intromisión de un instante alelado serían, entre otras, los perfiles de esta poesía.

Trazo este preámbulo porque quizás sea pertinente a la hora de abordar *Tratado de cielo para jóvenes poetas* con el cual Jorge Cadavid obtuvo el premio Universidad de Antioquia en 2008. El libro insiste en la idea del cielo como página y de los objetos que lo surcan o lo habitan como modelos de

escritura. Uno de ellos es el pájaro. El pájaro puede ser muchas cosas en la obra de Cadavid: símbolo del tiempo detenido, ser alado en el cual se encarna el poeta, mensajero de lo imposible, fruto del sueño, secreto de la levedad. De algún modo se trata del pájaro como imagen propia de la poesía sufí. El pájaro es un depositario de la inspiración poética y la revelación mística. En el *Tratado* el pájaro actúa como un elemento articulador. Enlaza los poemas desde el comienzo del libro hasta el final. El poder de su imagen otorga por supuesto continuidad, pero también corre el peligro de darle a una poesía que se funda tanto en el ascetismo verbal y sugiere un equilibrio que evoca la perfección, una recurrencia por momentos molesta. Lo que quiero decir es que el pájaro, como lo es la rosa, la espada o el laberinto en otros horizontes poéticos, son elementos tan impresionantes que deben mesurarse para que su irradiación en el lector sea más rotunda.

Otro elemento que articula el *Tratado* es la nube. La nube, por un lado, es la piedra de toque de una teoría de lo visible. Ella es la visibilidad y su anverso lo invisible. Así, una manera del conocimiento de linaje medieval e incluso pagana se presenta en la poesía de Cadavid. Las nubes, de igual modo, representan la pesadez ante la mirada y también la levedad profunda de su ser. Ambas condiciones, de hecho, se sopesan en uno de los poemas más sugestivos del libro:

¿Cuánto pesa un colibrí?
Que responda esa nube
leve y suspendida
que pesa toneladas





En los primeros poemas del *Tratado* se respira un cierto aroma didáctico. Tal circunstancia es ambigua. Pero la ambigüedad es, si se quiere, uno de los territorios predilectos que recorre Cadavid. Hay poemas que se llaman: “Tratado de cielo”, “Teoría de lo visible”, “Consejo al joven poeta”, “Con cuántos versos se hace un pájaro”. A la pregunta de qué pretende enseñar esta poesía, se podría responder que enseñan a mirar. Y mirar aquí nos vincula con un asunto dual. Hay, por un lado, una forma del conocimiento de los fenómenos naturales, y, por el otro, una inmersión en lo onírico. En uno de los poemas más hermosos del libro se dice:

Dejo caer una piedrecilla
en mitad del sueño

Se mueve el agua de la memoria
y todo el cielo.

Como dice Carlos Vásquez, la poética de este libro se afina en la confirmación de que “se escribe para mirar”. Para mirar nubes, lluvias, pájaros, árboles, piedras. Y más allá de estos objetos sentir un tejido de vuellos e inmovilidades, de vacíos, nada y silencios.

Aunque con menos regularidad que esta trama de realidades celestiales, el *Tratado* de Jorge Cadavid se sumerge en otras coyunturas. Una de ellas es que el mundo está constituido de una serie de dibujos cambiantes. Hasta tal punto, y aquí pareciera que hubiese un guiño a la esencia metamorfoseante

de los dibujos de Escher, que el lector termina suspendido en coordenadas de la imprecisión. “El espejismo” de Cadavid se hace con el reflejo en el agua de un ave que se torna pez. En “Ballenas” hay un puente ineludible de cetáceos que son a la vez del cielo y de la tierra.

Un aspecto más digno de resaltar, y que surca este libro, es una idea particular del tiempo. El tiempo que no cambia, que parece ser eternamente el mismo, y que define con mayor exactitud la evidencia de esa inmovilidad que tensa de principio a fin la morada poética de Cadavid. En el poema “En la pescadería” está claramente expresado:

Las manos frías
sintieron el azul profundo
al rebanar el pez
El pez de hace mil años
y el de este instante
son contemporáneos

Esta idea se repite, con algunas variaciones, en “Elegía” en donde se canta no a una manzana paladeada, sino a la circunstancia de que el secreto del instante consiste en que sobre su núcleo inasible confluyen esos atavíos del tiempo que llamamos presente, pasado y futuro. Y en “Déjà vu” que, como su título lo indica, remite a lo ya visto, a lo ya vivido, a lo ya escrito. Sin embargo, lo interesante que plantean estos poemas es que a pesar de la continuidad ineludible de la permanencia, hay algo en el devenir de las cosas que hace consciente al sujeto lírico de su unicidad y su diferencia. Se vive siempre lo mismo, pero no somos el mismo ser. Hay algo que nos estremece. Y ese estremecimiento, en medio del movimiento vertiginoso de las cosas y los seres que añoran la quietud, es también uno de los develamientos de esta poesía. En “Hacia el suelo del alma” aparece con mayor claridad el fenómeno:

El principio está atrás
el fin adelante
en medio el hombre
el hijo del instante
que no es pasado ni futuro
sólo infinito haciéndose
Entre lo que es y no es
se interpone la eternidad
que es el presente
y esto el alma no lo sabe.

Finalmente, se presenta en *Tratado*, aunque esto es propio de todos los libros de Cadavid, la aspiración al silencio. De hecho, Carlos Vásquez en su comentario sobre el libro, y en procura de un verso capaz de condensar el rumbo buscado por los poemas se topa con este: “Hacer que las cosas callen”. Tal pensar en voz baja, nos dice Cadavid, es “precisamente lo sagrado”. Y cuando en la lectura se ofrece este acontecimiento se da por añadidura la revelación del silencio.

El silencio, entonces, debe surgir en el ámbito de la serenidad. Una serenidad que, sin duda, es de raigambre zen. Serenidad, por lo demás, que consiste en mirar el papel blanco por un tiempo indeterminado. Y luego:

Tenderse en la página
y con el dedo
como si fuera un lápiz
trazar círculos en el agua.

Las equivalencias son frecuentes en estos poemas. Las nubes son agua, el cielo es un lago, los pájaros son emisarios de luz. Y los hilos de luz redactan pensamientos. Esta es acaso la conclusión de *Tratado*. Lo cual hace que la correspondencia entre naturaleza y logos, entre sensación y pensamiento, remita a los antiguos fisiólogos, pero también a Alberto Caeiro, el pastor contemporáneo de rebaños.

Los jurados que premiaron *Tratado de cielo para jóvenes poetas* se refirieron a la impecabilidad con que han sido escritos estos versos y a su logrado equilibrio de poesía y pensamiento. En todo caso, sucedido el recorrido por cielos pródigos en favorecer epifanías, el poeta, y por supuesto el lector, en el último texto del libro es expulsado a la intemperie. Y su deseo de ingresar a la hoja de papel cae en la impresión de saberse borrado. Aunque ser borrado para Cadavid significa haber sido visto. Qué hacer entonces para entrar nuevamente a ese mundo de vacuidades celestes. Ni Cadavid, ni el poeta aprendiz de su *Tratado*, ni el lector mismo podrían dar una respuesta satisfactoria. Y si la ofrecen, su respuesta sería un espejismo.

Pablo Montoya

Profesor, Universidad de Antioquia